

Hubo un espacio de silencio, al cabo del que, levantando Luisa el brazo y señalando con imperio hácia la puerta, dijo:

—Caballero, esto ha concluido.

Matusalem se puso de pié como si hubiera sentido el impulso de un resorte, pronunciando estas palabras:

—Señora Marquesa, se apropia V. la victoria demasiado pronto; ha hecho á V. el último esfuerzo y reconozco que ha parado bien el segundo ataque, pero áun me queda á mí el tercer golpe.

—Lo espero, contestó ella; venga pronto.

—Allá va: yo poseo la carta original; mas, señora, ¿quién ha puesto esa carta en mis manos?.....

—¡Quién!..... exclamó la Marquesa.

—Hé ahí un secreto que nunca revelaré; pero otra mujer tan locamente enamorada como V., que del mismo modo desafiara al mundo, entregando su vanidad, su nombre y su honra al ludibrio de las gentes, habría adivinado que ántes que nadie, el objeto de su pasion insensata empezaba burlándose de su amor.

—Imposible, gritó la Marquesa.

—Imposible..... repitió Matusalem; sea; pero el caso es que ha puesto V. su honra de mujer y su vanidad de marquesa en manos de un hombre de honor, y su honra de mujer y su vanidad de Marquesa están en las mias.

Luisa bajó la cabeza, aquella cabeza tan hermosa y tan erguida un minuto ántes, y exclamó con voz desfallecida:

—¡Oh!..... no quiero creerlo.

—Entónces, preguntó Matusalem..... ¿Dónde está la respuesta?

Un rayo de luz debió pasar por los ojos de la Marquesa, pues contestó al punto.

—Eso prueba que la carta no ha llegado á su destino.

—¿Quién la llevó, señora?

—¡Ah!..... yo misma, y el lacayo subió á entregarla.

—En ese caso.....

—No, no, replicó la Marquesa; no es posible.

—¿Cómo se explica entónces que esa carta esté en mis manos?

—Se explica sabiendo que es V. capaz de todo.

—Muy bien; pero ¿quién le ha dicho á usted que ese hombre que V. se ha forjado á su gusto para uso de sus particulares ilusiones no es capaz de burlarse de ese amor tan intempestivo como ridículo?..... ¿Quién le ha dicho á V. que semejante conquista no ha hinchado la vanidad de ese pobre muchacho, rompiendo los diques de toda prudencia y de todo respeto? Y en fin, ¿quién le asegura á V. que ese corazón de veinte y cinco años no ama á otra mujer?..... ¿Quién le ha dicho que ese hermoso vagamundo ha estado esperando en el rincón de su boardilla á que V. llame á las puertas de su cariño?..... ¿Acaso, señora Marquesa, es V. la única mujer que hay en el mundo capaz de enloquecer á un hombre?

Por el visible efecto que estas palabras produjeron en Luisa, comprendió Matusalem que su tercer golpe era mortal; mas vió tambien que se rehizo como el que vislumbra una esperanza repentina, y que metiendo la mano en el bolsillo de su airosa bata,

sacó un papel cariñosamente doblado, y le oyó decir estas palabras:

—Es mio, es mio.

Irritóse al ver el gesto de sarcástica incredulidad con que le replicó su adversario, y añadió:

—Tengo su retrato hecho con mis propias manos, con felicísima memoria; lo tengo en el pabellón del jardín, donde nadie puede profanarlo con sus miradas. No sé cuándo, pero él mismo ha penetrado en el pabellón, y sobre el caballete me ha dejado este papel..... Oiga V., oiga V. lo que en él me dice:

Matusalem prestó atención, y la Marquesa, desdoblando el papel, leyó lo siguiente con triunfal acento:

«Señora, mi retrato es más feliz que yo.»

—¿No dice más?..... preguntó Matusalem pensativo.

—No dice más, contestó la Marquesa.

—¿Y la firma? ¿y la firma?

—Estas palabras no necesitan firma.

Ambos quedaron silenciosos; ella orgullosa de su triunfo; él poseído de un vago te-

mor, porque se sentia débil precisamente en su último reducto.

Aquella mujer indómita lo habia ido arrojando una á una de todas sus posiciones, y empezaba á temer que iba á ser vencido en el último ataque. Mas ¿cómo Miguel habia podido llegar hasta el pabellon del jardín?..... Imposible..... En tal caso, una de dos, ó la Marquesa lo engañaba ó la Marquesa estaba engañada. Creyó lo último más probable, y dijo con cruel sonrisa:

—No hay nada en el mundo más estúpido que el amor. ¿En qué funda V., señora, la autenticidad de ese renglon misterioso?..... Antes que una casualidad inexplicable, y por consiguiente, incomprensible, haya traído al desastrado Miguel hasta el pabellon del jardín, ¿no es más natural que un lacayo del Duque ó cualquier criado de esta misma casa ú otra persona desocupada se haya entretenido en burlarse así de la vana idolatría con que rinde V. culto á ese retrato? ¿No advierte V., señora, en ese renglon anónimo cierto acento de acerba ironía?..... ¿Se hará usted misma víctima de tan grosera burla?

La observacion estaba bien dirigida; la Marquesa no pudo desconocerlo, y sintiéndose vencida, subyugada por la fuerza de esta réplica victoriosa, se dejó caer sobre una butaca, triste, pero no vencida.

Su adversario, aprovechando la ventaja, cargó animosamente sobre el enemigo desalentado.

—Usted, añadió, se ha fingido allá en las nebulosas soledades de su imaginacion inquieta, un hombre que tal vez no existe; pero concedo que pueda ser ese infeliz, cuyo retrato ha copiado V. tomándolo de su propia memoria. Perfectamente; por pasion ó por novelería, por extravagancia ó por celos, V. está prendada de ese hombre; daria usted por él su honra de mujer y su vanidad de marquesa. ¿No es esto? Ahora bien, supongamos que yo consienta en que se ponga al alcance de los encantos que la hacen á V. irresistible, y pregunto: ¿Se casaria usted con él?

—Sí, contestó la Marquesa.

—Señora, replicó Matusalem, ¿casarse con un hombre al cual le lleva V. diez

años!..... ¿Le entregaría V. su vanidad de marquesa á un pobre diablo; su honra de mujer á un desconocido, su corazón á un calavera y su fortuna á un jóven sediento de aventuras y de placeres?..... ¡Pobre vanidad, pobre honra, pobre corazón y pobre fortuna!

La Marquesa se mordió los labios, y Matusalem continuó.

—Señora, dejemos las lisonjas para ocasión más oportuna. Usted es el sol que se pone, y él es el sol que sale.

Luisa dijo:

—Yo lo amo y basta.

—No basta, replicó Matusalem, porque ese hombre ama á otra..... porque yo lo alejaré de V. sin misericordia, porque no lo verá V. nunca.

¡Nunca!..... repitió la Marquesa con una voz semejante á un sollozo.

Sentía á la vez la terquedad del amor y la amargura de los celos; la amenaza de su terrible adversario le había llegado al corazón; veía que aquel hombre era capaz de todo y empezaba á tenerle miedo.

Él saboreó su triunfo, diciendo:

—Tengo en mi mano su vanidad, su honra y su amor; pero no quiero ser enemigo de tan ilustre dama; le devuelvo el secreto de su vanidad, de su honra y de su amor, y por tercera vez propongo la paz.

Luisa permaneció silenciosa.

—La paz, repitió él marcando bien las palabras; la paz á cambio de la vanidad, de la honra y del amor.

—Pido una tregua, dijo la Marquesa.

—No, contestó Matusalem; los periódicos han de anunciar mañana nuestro matrimonio.

Ignoro lo que hubiera contestado la altiva Marquesa; pero su actitud era abatida mientras su implacable adversario aparecía triunfante; pero nada pudo contestar, porque en aquel momento se oyó rumor de pasos que se acercaban, y abriéndose de par en par la puerta, apareció en ella el Duque seguido de Miguel.

La Marquesa ahogó un grito y Matusalem dió un paso atrás.

El Duque se adelantó diciendo:

— Querida mía, vengo á cumplirte la palabra, y te presento al Sr. D. Miguel Lanuza, mi íntimo amigo primero, y despues mi secretario.

Miguel se adelantó á estrechar la mano que la Marquesa le tendía, y reconociendo en ella á la bella señora de la calle del Príncipe, exclamó algo turbado:

— ¡ Ah señora!

Ella, tal vez por disimular el temblor de su mano ó por inspirar confianza al que por primera vez entraba en su casa, oprimió afectuosamente la de Miguel, al mismo tiempo que se dirigia á su hermano, diciéndole:

— Javier, me has sorprendido con tu formalidad, però no con la presencia de este caballero, pues ya nos conocíamos.

El secretario del Duque no dudó ni un momento de que la voz que así hablaba era la misma que habia oido cantar en el pabellon del jardín, pues experimentó al escucharla un íntimo estremecimiento.

— En efecto, añadió con acento conmovido, nos conocíamos. Y acordándose de la

moneda de oro que cayó á sus piés en la calle del Príncipe, sintió que el calor de la sangre acudia á sus mejillas.

Casi á la vez se acordó del beso que él mismo habia visto estampar en su retrato, y sintió que toda la sangre se agolpaba á su corazon.

Entre tanto Matusalem, de pié y en segundo término, miraba con ojos atónitos, sin dar crédito á lo que veia.

Aquél era Miguel; pero Miguel espléndido, suntuoso, arrogante; con su hermosa cabeza, su inteligente mirada y su fina sonrisa; bellamente vestido, gallardo en su postura, suelto en sus ademanes. Era Miguel, Miguel, sobre el cual se fijaban llenos de regocijo los hermosos ojos de la Marquesa, y sobre cuyo nombre lanzaba Matusalem en medio de su estupor mil mudas maldiciones.

Aquella era la broma más terrible que podia haber inventado su eterno enemigo..... Aquello no era derribarle el sombrero, hacerle rodar por el arroyo, ponerle un cartel en la espalda al entrar en el teatro ó tizarle los guantes al subir á la embajada france-

sa..... Era más que todo eso, era destruirle de un golpe el éxito de una hábil intriga, era robarle su sueño de oro, era arrancarle, en el momento mismo en que á iba asirla, la codiciada mano de la Marquesa..... era, en fin, asesinarle.

Y para que fuera más cruel tan terrible broma, él mismo era el autor de ella, él mismo había afilado el puñal que se hundía en sus entrañas, él había sugerido á Javier la infernal idea de atraerse á su rival..... él mismo era el que llevaba á Miguel á casa de la Marquesa.

Ante esta consideracion que agitaba el infierno de sus pensamientos, no pudiendo morderse el alma con que lo había pensado, se mordió la lengua con que lo había dicho.

Tal era el estado de su ánimo, cuando acercándosele Javier, le dijo :

— Querido Alejandro, creo que tendrá V. mucho gusto en conocer á mi secretario, y yo me tomo la libertad de presentárselo.

Matusalem contestó sonriéndose :

— Hace mucho tiempo que nos conocemos.

Entónçes fué cuando Miguel reparó en su antiguo camarada, y sin poderse contener exclamó :

— Oh, tú aquí, Ma.....

La Marquesa soltó una brillante carcajada, y Miguel se apresuró á decir :

— Somos amigos..... íntimos amigos; hace mucho tiempo que no podemos olvidarnos; yo por mi parte aseguro que el dia que no lo veo me muero de tristeza.

— Lo sé, lo sé, añadió la Marquesa; él mismo me lo ha contado y le profesa á V. muy singular afecto. Ahora mismo, estoy segura de éllo, se encuentra poseido del más vivo placer al verlo á V. en esta casa. ¿Es verdad, querido amigo?

— Ciertamente, contestó Matusalem con voz segura; este diablillo me ha jugado muy buenas pasadas..... pero estoy vengado..... pues veo que ha sabido aprovechar mis consejos, y que empieza á vivir.

Notó la Marquesa que estas palabras habían causado en Miguel mal efecto, porque, aún cuando rápidamente, pudo advertir que arrugó el entrecejo y se puso encarnado, y

en venganza se volvió á Matusalem, preguntándole :

—¿Cuándo se casa V., Sr. D. Alejandro?

Matusalem contestó como un rayo :

Hermosa niña, tengo hecho voto de no casarme hasta que V. se case.

Javier, que no se habia sentado, dijo :

—Señores, no conozco conversacion más entretenida que la de ustedes, pero tengo una cita urgente y me ausento. Si mi secretario tiene la bondad de esperarme aquí, pronto doy la vuelta.

Miguel y la Marquesa se miraron, y Javier, cogiendo á Matusalem del brazo, se lo llevó hácia la puerta, diciéndole en voz baja :

Ella está desesperada y á *él* no dirá V. que no lo tengo bien cogido, Sr. Meternich; la idea fué magnífica; debe V. estar satisfecho.

Meternich contestó con una carcajada, que produjo desagradable impresion en los oidos de la Marquesa.

Despues que el Duque hubo desaparecido, Matusalem se volvió lentamente, metidas

ambas manos en los bolsillos de su primoroso pantalon, cuyo delicado color de lila se destacaba perfectamente bajo la línea correcta del chaleco negro.

Iba al parecer dispuesto á sentarse heroicamente frente á frente de sus dos enemigos y á tomar parte en la conversacion que Miguel y la Marquesa, colocados tambien frente á frente, habian emprendido más con los ojos que con las bocas, más con las miradas que con las palabras. Pero cuando parecia que iba á sentarse se detuvo, observando dos cosas, por cierto bien naturales.

Primera : que la Marquesa, por un movimiento lleno de gracia habia descubierto su precioso pié ricamente calzado, agitándolo con nerviosa impaciencia sobre el fondo oscuro del taburete en que lo apoyaba.

Segunda : que Miguel habia bajado los ojos y contemplaba con avidez el pié inquieto y atrevido de la Marquesa.

Entónces nuestro hombre mudó de parecer, é interponiéndose entre Miguel y Luisa, se acercó á ésta tendiéndole la mano en señal de despedida, pero la tendió inútilmente,

porque la Marquesa retiró la suya, diciendo en voz muy baja:

—Nunca, nunca.

Él se inclinó respetuosamente, contestando en voz tan baja que parecía un soplo:

Señora, ojo por ojo y diente por diente.

Se irguió con toda la gallardía que le fué posible, saludó á Miguel, y como vulgarmente se dice, tomó la puerta, al mismo tiempo que cruzando Luisa sus pequeños piés sobre el terciopelo del taburete, dejando que Miguel decidiera cuál de los dos era más perfecto, decia:

—Siento una viva curiosidad, que V. solo puede satisfacerme.

—Si es así, contestó el secretario del Duque, téngala V., señora, por satisfecha.

—¿Por qué, preguntó ella con voz dulcísima, es V. ménos feliz que su retrato?

En el momento en que la Marquesa hacia esa pregunta, cayó la discreta cortina que cubria la puerta por donde Matusalem acababa de salir, dejando solos á sus dos formidables enemigos, más dueños del campo que dueños de sí mismos.

La respuesta de Miguel puede el lector imaginarla, y dichosa la lectora que no desee averiguar lo que pudo acontecer detras de la cortina que dejo corrida.